

## REMITTE, EL PARAISO

No sé si la carta, puede que sí, aunque aún es pronto, acabo de inyectarme, de devolver la vieja zorra esmerilada al bolsillo, compréndeme, ya no podía más, compréndeme, demasiado para soportarlo uno solo, Rosa, del cuarto del hotel a la cafetería y vuelta a empezar, y así un día, otro, otro, sentado a aquella esta mesa del rincón, medio en sombras, ¿recuerdas?, donde. Porque aún continúo en Madrid, es terrible, quiero reunirme contigo, palabra, pero no sé lo que pasa, palabra, todas las noches me duermo con el mismo propósito mañana cojo el tren, tomar un tren y a casa, qué sencillo, y sin embargo nunca, Rosa, ¡nunca!, del hotel a la cafetería para siempre.

He introducido algunos cambios, no te enfades, por favor, no te enfades, la aguja por un agujerito de la manga disimulado entre los pliegues, no necesito goma, tengo las venas gordas, sencillo, elemental, así nadie lo nota, algo es algo, la vieja zorra en un pañuelo ya preparada, para poder emprender el viaje sin obstáculos en cualquier momento, como hace un antes de empezar a escribirte, Rosa, y no acudir a los servicios derribando sillas como pasaba, o tomar precipitadamente un taxi corra, por Dios, no puedo más corra usted por Dios a la habitación del hotel, donde la última vez ya no te encontrabas, como tampoco tus ropas, tus horquillas, tu cepillo de dientes, tus cremas, ni en recepción supieron

decirme a qué hora, ni dónde, ni por qué, por qué, por qué, Rosa. Yo hice todo lo que el médico dijo, todo, todo, pero es como si te murieras si te falta, Rosa, como si finases de una muerte fusca, una muerte más muerte que las otras si eso te falta, Rosa, pero tú no intentaste comprenderlo, las calles, los objetos, las caras de color rojo fusco, Rosa, no lo intentaste, la próxima agarro la maleta y no vuelves a verme el pelo, pero yo precisaba adquirir otro poco, sólo una vez, la última, localizar al y comprar un poquito más. Al fin y al cabo soy un enfermo, ya oíste al doctor, y si todas las mujeres abandonasen a sus maridos cuando, el mundo sería aún más sucio, egoísta e injusto de lo que es.

Si tú quisieras, todavía podríamos iniciar una nueva vida, como dicen en las películas. Yo larasondaría mi vieja zorra querida jeringuilla, te juro que no la utilizaría aunque me muriecesito sólo un poco de comprensión y sobre todo saberte a mi lado, porque es terriblerrible encontrarse solo cuando eso empieza, no se lo he confesado a nadie, ni siquiera al psiquiatra, pero resulta verdaderamente espantoso, lo mismo que si estuviera loco y al mismo tiempo agonizando asfixiado por una yedra seca, y si entonces no tuviera yo a mano la aguja hipodérmica y lo otro, rompería a gritar como casi, hace un instante, que me puse a escribirte para no sentirme tan insopinexplicablemente abandonado, sentado a la mesa que ocupamos, ¿recuerdas?, mientras hacíamos tiempo para acudir a la consulta, o me acurrucaría junto al radiador de la habitahotel como otras veces, con la colcha por encima, para que las flores, ¿entiendes?, para entre el calor del radiador y las flores del estampado hacerme la ilusión de que continuábamos en junio, ¿recuerdas?, día 9, rosaleda del Campo Grande, Rosa rosaleda, hace treinta y cuatro años, ¡Dios mío!

¿Habré perdido el sentido del ridículo, Rosa? En este

momento son siete, incluido el camarero, las personas que vuelven hacia mí la cabeza, no comprendo por qué, puesto que, vista desde fuera, mi actitud creo que resulta normal, y yo, ya ves, en lugar de largarme a otro establecimiento, me limito a eludir sus miradas y seguir la carta, porque ocurre que el cuarto del hotel y este rincón es lo único que me queda de Rosa, y si los suelto, ya no voy a saber a qué asirme. Eso sí contenerme para no arrojar contra el espejo todo lo que tengo a mi alcance, taza, vaso de agua, cucharilla, plato, hacer añicos el cristal, empañar de café con leche la imagen siempre que levanto los ojos, mi propia imagen, de sobra lo sé, sólo que no me reconozco en ella, ¿entiendes?, como si yo hubiera dejado de ser yo y mi semblante perteneciere ahora a un extraño, que sólo por casualidad lleva una corbata rojo fusco, idéntica a la que tú me regalaste por mi último cumpleaños, apedrear el odioso espejo de ahí enfrente para perder definitivamente de vista ese rostro que, al alzar la mirada mirada.

Dios mío, cuánto tarda, cada vez más despacio. Antaño, apenas oprimir el émbolo y ya me paraíso, ¿artificial?, qué tontería, qué entenderán ellos, miles de libros páginas sobre drogas, adicción, dependencia, y no saben una sola palabra de lo que esclavo en el molino, encadenado al husillo de la muela hasta el fin.

Hace un par de años, a raíz de la intervención quirúrgica, cuando me desaparecieron las molestias, todavía hubiera podido, pero ahora. No propiamente a causa del hábito adquirido durante la enfermedad, sino que yo me resistía a instalarme de nuevo a este lado de la frontera, en medio del dolor, la mediocridad, la fealdad y la rutina, incluso Rosa rosae, aquella criatura primaveril, se había transformado, lamento decírtelo, en una mujer interesada y vulgar, con su voz de contralto, su papada, sus canastas benéficas, su

peluquería y sus boutiques. En cambio, cuando estoy, parece como si todo comenzase otra vez desde el principio, en el puente rústico, que aunque el mundo durase otro millón de años todavía, tú permanecerías allí, con la oreja derecha encendida por el sol, como aquella tarde, el tiempo no transcurre para ti, qué suerte, yo acababa de examinarme de latín y pasaba por la rosaleda con el libro bajo el brazo, ¿recuerdas?, de codos sobre el pretil del puente comiendo piñones tostados, tu blusa, tu cinturita, estuve observándote un rato a distancia, hasta que me decidí, ¿recuerdas?, te pregunté cómo te llamabas, Rosa, primera declinación, rosa rosae, luego te pedí un piñón y me alargaste la bolsita, coge los que quieras, amarilla, de papel de seda, había un cisne en el agua, parece que se ríe, tú soltaste la carcajada, supongo que fue entonces, al oír aquella risa tan, cuando me enamoré. ¡Cuánto tarda! Anda, márchate, mamá está a punto de llegar, ha ido al dentista, sabes, y ha quedado en venir a buscarme, pero mañana, a las ocho, en San Benito, misa, para qué llevas guantes, son de verano, préstame uno, será mi rehén, en aquella época los chicos no se besaban tan deprisa como, pero sí el guante y tú te pusiste toda colorada, hasta mañana Rosa rosae, y mientras me alejaba sentía algo parecido a lo que, al pensar que pudieras dejar de acudir a la iglesia, parece que fue ayer no he olvidado un solo detalle, al río, a alquilar una lancha, recostado sobre las parras con el guante apretado contra tenía el meñique mordisqueado la corriente empujó la barca hacia la otra ribera entonces me desnudé hasta quedarme en calzoncillos y me tiré al agua nadie se baña dos veces en el mismo río pero en alguna parte ha de estar todavía la forma hueca de mi cuerpo traslúcida de amor modelada por el agua en algún rincón del Pisuega bajo la superficie la burbuja de mi cuerpo golpeando pedernales

acuáticos para arrancar espumas mágicas rosa rosae rosarum hace treinta y cuatro años, nueve de junio, Dios mío, qué ha ocurrido entre tanto para que...

Si me lo propusiese, podría en este instante exhalar, en un solo suspiro, cuatro o cinco litros de ozono puro; barrer el humo de tabaco con un abanico siamés; tañer una campana con la cucharilla; apagar con musgo el murmullo de las conversaciones; llenar el local de árboles; plantar de pitoporos los veladores; condecorar al camarero con la Legión de Honor. Ahora, cualquier cosa me sería posible, puesto que me siento desnudo y elástico, fabricado de resina dorada y el mundo ha perdido de pronto su densidad y peso, y se apoya todo él sobre un almohadón de miraguano. Bastaría descoser una esquina para improvisar una lluvia de plumas, y emitir un silbido, y traer hasta aquí un bando de palomas domesticadas. ¡Figúrate! ¡Un cielo de Van Gogh, con estrellas desenfocadas y radiantes, palomas, violoncellos, olor a limón, y luces verdes!

Una sorpresa: no vas a recibir esta carta porque he decidido tomar el primer tren de mañana, para estar en casa a la hora de comer. Lo primero que haré en cuanto llegue, ya que voy a ser mi propio cartero, será recitar enfáticamente estas cuartillas, para reirnos juntos de las barbaridades que he debido poner. No me atrevo a leerlas yo solo, porque, la verdad, me da un poco de miedo, pero a tu lado ya no será igual. Tomaré una bandeja, la más solemne que hayas metido en la vitrina; depositaré en ella la jeringuilla y, de rodillas, como un antiguo caballero, os la ofrendaré, Muchachita del Puente Rústico, a cambio de vuestro guante de la mano izquierda, ese que tiene el encaje del dedo meñique todo mordisqueado. Y si quieres, puedes ofrecermé, además, un piñón; te aseguro que lo que más deseo en este momento es

apalancar con el cortaplumas la rendijita de un piñón tostado y tirar la envoltura al agua, para que el cisne nade hacia ella creyendo que se trata de una miga de pan. Hasta mañana, *Rosa rosae*. Tuyo.